

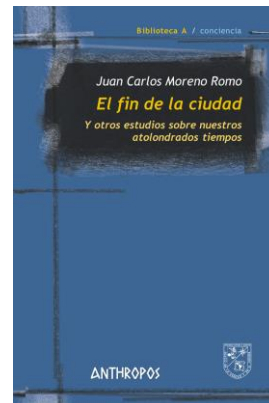
## El fin de la ciudad. Y otros estudios sobre nuestros atolondrados tiempos

Juan Carlos Moreno Romo  
Anthropos, 2016

ISBN: 9788416421497  
126 páginas

**Francisco Ursúa Cocke**

ursuacoc@hotmail.com



**Formato de citación.** Ursúa Cocke, Francisco (2017). Reseña de Juan Carlos Moreno Romo (2016) El fin de la ciudad. Y otros estudios sobre nuestros atolondrados tiempos. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 7(2), 119-121. [http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/ursua\\_cocke](http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/ursua_cocke)

El trabajo que reseñamos a continuación es narrativo en el mejor sentido del término. Dos mundos, o muchos más, presentados con inteligencia, fe y razón. Vivencias, emociones, miradas profundas; lirismo con los pies en la tierra.

*El fin de la ciudad* nos habla, en primer término, de una ciudad de México cuyos progresos no son para nada inequívocos, como nos muestra elocuentemente su centro abandonado, y extremadamente pobre, ahora, en cuanto al “arte de la ciudad”: basura y mugre por todas partes. No hay tampoco, en el México moderno en general, una verdadera “lógica de la ciudad”, sino antes bien una “parodia de lugares”, un “exceso de signos”; “devastación” y “deslocalización”. Una ciudad, recuerda el autor, es ante todo una circulación, lugares de encuentro y de “inminencias de relación”, no un adefesio que nos aísla de quien no debe, y no nos aísla de quien debe: los amigos demasiado lejos, los vecinos demasiado cerca, calles que no llevan a ningún lado. México fue sin duda una magnífica ciudad, pero en otro tiempo. En la “moderna” capital del “México independiente” ha fracasado *el arte de la ciudad*, y lo ha hecho a manos de arquitectos avaros, funcionarios complacientes, especuladores, ciudadanos sumisos y fraccionadores de terrenos disfrazados de urbanistas. Y es que, a corto plazo, la descomposición de la ciudad es un negocio estupendo: esas mafias, y otras más aguerridas, venden seguridad bajo la forma de feudos cerrados, y no sólo para los ricos. Lejos de los recintos amurallados de éstos, levantados “con planos y toda la cosa”, se construyen enormes barrios de cajoncitos bien alineados para los pobres —*arquitectura municipal* como la llamó Anthony Burgess en *La naranja mecánica*.

Al campesino pobre, pero autónomo, lo sustituye el “ciudadano” que se cree libre sin darse cabal cuenta de que en la ciudad, inseparable de la política, se va perdiendo *el sentido* conforme se pierde la comunidad. De donde la búsqueda, sin salida, de identidades de reemplazo. Y de donde el tremendo éxito de las distintas “ofertas identitarias”, cada vez por cierto más “modernas”.

El capítulo titulado “La violencia filosófica y política que todos heredamos” empieza con dos preguntas que calan hondo: *¿Francia ya no es la segunda patria de todos los hombres? ¿El nacionalismo moderno es en verdad una superación de la amplia mirada católica?* Las dos preguntas, y sus respuestas, están imbricadas la una en la otra: desmoronada la Cristiandad, triunfa *la revolución de la Revolución*: una vuelta al tiempo primitivo de los “verdaderos hombres”, seguros en su inquebrantable identidad. Es decir, en su vuelta al paganismo, porque se instaura el culto de nuevos ídolos en torno a la diosa Razón, lo que significa violencia bajo la forma de una nueva “liturgia”, ahora republicana: un “mito de lo no mítico”, un “culto sin divinidad”. Y a medida que se refuerzan los medios de control, se habla más y más de “libertades”.

En Auschwitz se desvanecen las pretensiones redentoras de la Modernidad. La razón y la educación no pudieron bloquear esa *empresa* de aniquilación. Y el pueblo político se ha convertido por doquiera, y no sólo en la Alemania derrotada, en una “población” que el poder controla y administra. El destino se ha convertido, en el “mundo libre” también, o sobre todo, en mero *destinillo*. No son las mafias las que hacen tambalearse a una sociedad: es su propio tambalearse el que les deja el campo libre.

El capítulo titulado “¿Ciencia contra religión?” responde a la pregunta, al parecer consecuente, de si es la religión la que divide a los hombres mientras que la ciencia los une. 11 de septiembre de 2001 en Nueva York; enero y noviembre de 2015 en París... ¿Contra qué “asesina religión” cabría movilizar, pregunta el autor, a la geopolítica como ciencia? Y ensaya sus respuestas: a la alarmante miseria política de François Hollande, los *kamikazes* islamistas del Bataclán le proporcionan unos enemigos oportunistísimos. Barack Obama, Premio Nobel de la Paz, no hace tanto ruido “religioso” como su predecesor George Bush, ferviente cristiano *born again* (vuelto a nacer). Inaugura su mandato con discursos de reconciliación, pero en dos años autoriza seis veces más asesinatos teledirigidos de presuntos terroristas, sin pruebas suficientes, sin juicio, sin guerra declarada, y arrastra con ellos al más allá a incontables viandantes inocentes, entre ellos niños. ¡Zeus Tonante decidiendo desde el Olimpo (la Oficina Oval de la Casa Blanca, pues) sobre el destino de los hombres!

Por donde se quiera mirar, tanto la mala ciencia como la mala religión hacen hoy día juegos sumamente ambiguos. *C'était un temps féodal peuplé de gens baroques qui jouaient dans les ombres à des jeux déloyaux* (Louis Aragon). Los legitiman multitudes de expertos, ideólogos y periodistas. Una raza es una identidad, o una manera de pensar lo divino, pero la humanidad está en su infancia y los niños, dejados solos, son muy violentos. La religión *religa*, sin duda; para lograrlo, sin embargo, antagoniza. Y si no divide, no une. Ser cristiano es develar, en cambio, el asesinato fundador. El humanismo, que lo oculta una vez más, desemboca en la inhumanidad, y el Occidente no sabe cómo vino a dar ahí. La filosofía, que es ciencia, nace como una crítica de la religión, que arraiga en los mitos, y en los ritos. ¡Y la ruptura con la religión la opera el cristianismo!

Las feroces guerras de religión que estallaron en Europa con la Reforma protestante dieron lugar a la idea de superar al cristianismo —y a la religión en cuanto tal. El darwinismo como ciencia (*supervivencia de los más aptos*) le vino como anillo al dedo al colonialismo europeo, y ni siquiera tuvo que luchar para imponerse. Se llama “ciencia” a tantas cosas porque las gentes no se detienen a pensar. Siguen, sin ver, a hombres fuertes: Hitler, Stalin y otros de hoy que no hablan, pero actúan con equivalente dureza. El único fascismo no fue el nacional-socialismo, y las únicas purgas no las hizo el comunismo... Toda comunidad humana se instala oponiéndose, y la comunidad internacional fabrica hoy día enemigos, uno tras otro.

Por eso nuestro autor escribe “Contra el tan absurdo obscurantismo de nuestros tan atolondrados tiempos para, post, hiper o trans...modernos”. Si el dogma central del humanismo es el fracaso del cristianismo, argumenta, nuestros tiempos son los del fracaso del humanismo como religión. Suponíamos que los valores de la Ilustración nos podrían proteger, al mismo título que el judeo-cristianismo, de las monstruosas derivas de las sociedades modernas, pero no fue así: no da lo mismo educar dentro de la fe, que fuera de ella. La Ilustración reventó en Auschwitz y ello se acompaña de la explícita declaración de bancarrota de la filosofía moderna (Émile Cioran).

Nuestros países de vieja cultura católica, y por ende anticatólica también, padecen sin embargo de una gran incompetencia intelectual en materia religiosa. El militantismo laicista de nuestras universidades es en el fondo antifilosófico también, puesto que la historia de nuestra filosofía hunde sus raíces en nuestra historia religiosa, y sin ella no se puede ni siquiera entender. El cristianismo fue durante muchos siglos *el sentido* del Occidente, pero los tiempos que vivimos son los de una deconstrucción del cristianismo. No se

trata de repintar los cielos, sino de abrir la dura tierra perdida en el espacio, y de romper los cercos del “moderno” etnocentrismo.

Por eso para terminar, y “Para pensar nuestro presente”, este libro nos lleva de regreso a un curso de Jean-Luc Nancy, en el Estrasburgo de los primeros años de este siglo. La torre de la catedral, vista desde el aula, nos rescata, ahí también, de la fealdad de los edificios universitarios, mientras desde los barrios de los inmigrantes –*barrios calientes*– acecha el descontento. El maestro, ausente durante dos años, reanuda su carrera deconstruyendo el cristianismo. Católico es por su origen pero Derrida, Althusser, Deleuze lo confortan en su opción por la modernidad. “La filosofía en efecto” toma en serio la dimensión de los efectos, las formas, las vestimentas, las estrategias y los intereses extra filosóficos de la filosofía. La someten al rigor de la prueba. Ya no hay un sentido, y ni siquiera una polisemia del efecto. Análogamente, puesto que Nancy hace también crítica de arte, la *Visitación* de Pontormo pasa a revelarse ella misma como *pintura*. Influye en él Georges Bataille, quien dejó dicho desde los años treinta que el hombre no es contemplación sino súplica, guerra, angustia, locura, finitud. El saber absoluto, salido de la fusión clásica del objeto con el sujeto, es una mentira: solo queda el relato, que reúne a los hombres.



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier uso permitido por la licencia.

